

Visión de la fraternidad*

(Continuación)

LA CRITICA CONSTRUCTIVA

Criticar, en plan positivo, es potenciar la virtualidad de una obra. Es reconocer con modestia y con grandeza todas las posibilidades de una persona, de una colectividad, de cualquier grupo humano en orden a perfeccionarse a sí mismos. Implica, por una parte, humildad sincera para aceptarse uno a sí mismo tal como es: limitaciones, fragilidades, obstáculos. Y desde este reconocimiento leal, la disponibilidad total al servicio de una causa, de un programa, de un ideal. Es una toma de conciencia del “deber ser” para querer serlo, arrojando valientemente todos los riesgos.

Sin la crítica exigente, el individuo se duerme y se masifica. El estudiante dotado puede caer en la rutina y enrolarse al montón de los “corrientitos”. La Comunidad se para en un fixismo sin estímulos. La experiencia enseña que instituciones llenas de vitalidad y eficacia perdieron su vigor y se recostaron cómodamente en moldes inauténticos. Todo porque faltó el sentido crítico y la voz poderosa que dijera sin miedo a compromisos: “Atención, que eso va mal, que estamos gastando la pólvora en salvas, que así no se va a ninguna parte”. Faltó esa voz y se impuso la mediocridad.

La biografía primitiva del franciscanismo valoraba al máximo la crítica constructiva que presenta las formas ejemplares. “Las Florecillas nos hablan del campesino que prestó el jumento a Francisco. Con la tosca nobleza de los pobres, pregunta:

—“Dime ¿eres tú fray Francisco de Asís?

Al responder el Santo que sí, añadió el villano:

—*Pues pon cuidado en ser tan bueno como la gente cree que eres, porque todos tienen gran fe en ti, y por eso te advierto que no defraudes la esperanza de la gente”.¹⁷*

* Véase *Nat Grac* 17 (1970) 135-152.

Francisco reacciona como lo que es: como un hombre de Dios. No tomó a mal las palabras del labrador sino que le besó los pies y le dio las gracias porque le había avisado "tan caritativamente". ¿Qué duda cabe de que una crítica así invita a la reflexión y al examen y que es una llamada a la autenticidad? En algunos casos es posible que la sinceridad brutal de la gente nos haga más bien que el halago y la adulación.

Hace crítica constructiva el padre que llama a su hijo aparte y le dice con convicción: "Mira, hijo, yo espero mucho más de ti. Tengo que exigirte más porque te conozco y sé que no rindes en la capacidad de tus cualidades". Y el joven piensa que es necesario estudiar más, tomar las cosas en serio y vivir disciplinadamente". Una simple conversación privada cambia la actitud del muchacho que se estaba volviendo indolente.

Toda formación seria está integrada de grandes dosis de crítica constructiva ya que orienta las cualidades del sujeto de modo que rinda más, no en un plan utilitario, con criterios comerciales, sino desde el aspecto de la personalidad. Y esto tiene una aplicación concreta no sólo individual, sino también colectivamente. Se trata de formar la personalidad, sin concesiones al sentimentalismo ni a la falsa piedad. Lo cual exigirá a veces una notable energía compatible con una gran ternura.

Criticar no es, de modo exclusivo, podar o corregir. Es otra cosa. Con ciertos temperamentos, la labor formativa impondrá métodos de confianza: infundir en el niño la convicción de que puede y debe ser mejor, echar mano de la persuasión amistosa, darle ánimos es a veces el único camino de acierto. En otros casos hará falta el recurso a la corrección o la apelación a la responsabilidad. En cualquier caso hace falta la crítica constructiva.

El Concilio nos da una medida del valor de la crítica leal. Los textos que se pasaron un poco de rondón sin pagar impuesto al visado aduanero de la polémica, la discusión y el diálogo exigente, se han quedado en esqueletos desencarnados. Mientras que los sometidos más intensamente a revisión —aquellos que tuvieron que ser examinados, revisados, enmendados o casi totalmente reconstruidos— son notablemente mejores en concepción y redacción finales.

La crítica constructiva se parece en muchas cosas a la doma del caballo. El potro joven tiene sobreabundancia de fuerza y de vitalidad. Pero desconoce la disciplina del "bocado". La fuerza instin-

tiva del potro es peligrosa cuando va "desbocado". Pero el domador orienta esa fuerza y el caballo se convierte en un noble animal útil. Las generaciones jóvenes están en posesión de una fuerza poderosa. Necesita un cauce, una orientación, una doma para convertirse en generosa sangre renovadora de la colectividad.

Insistimos en que ésta es la labor de la crítica constructiva.

Los "*Diálogos con Pablo VI*", de Jean Guilton nos dan una definición sugestiva: Dice el Papa:

"Criticar no significa destruir, sino precisar". Y es que la crítica se explica como una vocación de amor y de entendimiento. Criticamos porque amamos. Criticamos a España porque llevamos dentro el dolor de que no sea como queremos que sea. Y cuando amamos queremos lo mejor para lo que amamos. Nos descontenta —y nos duele— la vulgaridad y el desfase en instituciones que quisiéramos mejorar. El padre no llama aparte al chico de sus vecinos, sino a su hijo porque es algo suyo. Nos duele la mediocridad en lo nuestro y en lo que nos toca de cerca.

Estas puntualizaciones son tan obvias que se imponen por sí mismas. Con todo, conviene destacarlas para que no nos confundan. Podemos adormecernos y embriagarnos con las espirales del incienso barato, mientras que la crítica nos mantiene en tensa vigilia para reflexionar seriamente qué piden Dios y el mundo de nosotros. La actitud más honrada es la exigencia personal y colectiva para no quedarnos a medio camino. Una revisión a fondo de nuestra actividad —de nuestro trabajo en general— no puede convencernos. Es mucho más positivo pensar y programar en equipo lo que tienen derecho a esperar de nosotros la Iglesia y la Fraternidad. Una obra no se termina cuando los obreros izan el ramo de flores y beben un vino español, sino cuando se rematan los últimos detalles del interior de la casa. Cuando la casa queda habitable.

La crítica viene parcialmente condicionada por la información de la vida pública. Por eso la información —ya lo hicimos constar— debe ser amplia y generosamente servida por los organismos responsables. Y sobre la información, trabajar jornadas intensivas con un espíritu sano de colaboración. Las reuniones de revisión son un procedimiento muy eficaz para el contraste de pareceres, puesto que cada uno aporta sus experiencias, sus conocimientos, sus criterios, sus puntos de vista.

En una comunidad de vida pujante los conflictos deben ser nu-

merosos. Es señal de vitalidad y de sinceridad ya que el mundo está afectado por profundas y radicales transformaciones. Mientras más rayos de luz iluminen los focos céntricos de la convivencia, más luminosas serán las decisiones. Eso sí, la diversidad e incluso la oposición de mentalidades ha de ir siempre ligada a las exigencias de cordialidad y respeto del amor fraterno.

La crítica constructiva descarta el insulto en todas sus formas. El crítico expone sus ideas. Si hace falta puntualiza los puntos de conflicto y emite su opinión precisando que es así como piensa. No disfraza su persona en un vago: "lo dice todo el mundo". Sobre todo, no se parapeta en el anonimato para zaherir o acusar al prójimo. Y si se hace así, no se le puede hacer caso en la comunidad donde todos somos hijos de buenos padres y nos responsabilizamos de nuestras opiniones. Un panfleto sin nombre y apellidos es un hospiciano o un mal nacido que se condena por sí mismo a la "inclusa" de la papelería.

Entre personas —no digamos ya entre religiosos adultos— la estrategia del impropio viene calificada por la psicología como un pecado capital contra la convivencia. Sólo los responsables —los que firman— son acreedores al respeto de sus semejantes, aunque defiendan teorías que, desde el propio punto de vista, no parezcan aceptables.

TRABAJO EN EQUIPO

Con el cambio global de instituciones y estructuras, las relaciones humanas han sufrido una revolución profunda. La técnica no se contenta con haber transformado en su raíz la faz de la tierra, sino que aspira y está ya a punto de conseguir la conquista del espacio. De cara al futuro, juegan un papel decisivo la prospección y la planificación, hallazgo de origen socialista, que se han apropiado sin escrúpulo los líderes del materialismo. La biología, la sicología, la economía y la sociología nos dan una idea más cabal del hombre y ejercen una influencia directa sobre la misma vida social. La explosión demográfica crea nuevos problemas a escala internacional.

Una problemática tan compleja afecta no sólo al individuo, sino también a la sociedad entera. Las soluciones provisionales y en pequeño no son válidas. Se requiere el compromiso de toda la comunidad. Los intentos de solución van por este camino: en plan econó-

sólidos, con supresión de aranceles aduaneros, tratos de favor, etc. En política se han superado los regionalismos e incluso los nacionalismos, con pactos e instituciones de carácter mundial, como la ONU, la NATO, el Pacto de Varsovia, etc.

Todo indica que el individualismo está en crisis. Pero subsiste aún lo que la Constitución "*Lumen gentium*" denomina como "tentación del individualismo", provocada por el progreso que endiosa al hombre. En efecto, el hombre de hoy se siente turbado interiormente por el prestigio de la técnica y por la vida confortable. En estas circunstancias es fácil olvidar los valores del espíritu y dedicarse a fomentar los intereses individuales o colectivos menospreciando los intereses ajenos. Es interesante el diagnóstico: el individualismo no se da cuando el individuo se vuelve egoísta. Hay otro individualismo más peligroso y es el enclaustramiento en el propio grupo, ignorando los problemas y los derechos de los demás.

La revolución global no ha sido obra de personas aisladas, sino de conjuntos inteligentemente dirigidos y abundantemente equipados. Los inventos modernos, la conquista del espacio, el progreso, obedecen a un engranaje muy complicado en que forman parte sabios, técnicos, investigadores y peones. Cada pieza es insustituible en su puesto. Es como un colosal ejército en que los legionarios luchan en el frente de sangre, mientras en la retaguardia manos ignoradas "pelan las patatas" y barren los cuarteles.

En la labor comunitaria, el equipo es imprescindible. Lo pide la diversificación de tareas, los talentos de cada uno, la especialización, el orden. La labor en equipo es una condición esencial de eficacia.

El trabajo de la fraternidad es múltiple y requiere la colaboración de todos sus miembros. Esto es claro. El secreto de la planificación consiste en que cada uno ocupe su puesto, en que se atienda a las cualidades personales de modo que rindan al máximo al servicio del bien común. En este sentido hay que tener muy en cuenta la gracia peculiar de cada persona, su "carisma", que se dice hoy. La comunidad es un organismo vivo —con las debidas salvedades— y cada miembro cumple un servicio determinado por su capacidad, por su formación, por su habilidad, por su carácter. Es un error pensar que todos van a valer para todo.

La distribución del trabajo debe mirar en dos direcciones: la cantidad y la calidad. No se puede tolerar por injusta la "sobrecar-

ga” de ocupaciones en los incondicionalmente disponibles, mientras un grupito de “señoritos” eluden los deberes comunitarios buscando placenteras evasiones. ¿Cómo se puede justificar la “exención”, cuando la mano de obra es insuficiente? Las cargas llevadas por todos resultan muy leves, pero si se amontonan sobre los hombros de unos cuantos son insoportables. En seguida se ve que tal situación va contra el valor fundamental de la justicia distributiva y que ofende directamente la misma noción de la fraternidad.

La calidad del trabajo condiciona por su base la dedicación genérica o especializada de la comunidad. Hay quien tiene claras aptitudes para el trabajo manual, para los oficios que exigen habilidad y sentido práctico y para las tareas domésticas. Ese es su puesto. Otros por el contrario, están más capacitados para la investigación y para los estudios serios. Que estudien e investiguen. Algunos están dotados de un carácter expansivo y se encuentran a gusto en tareas que llevan consigo múltiples relaciones humanas. Hacen un gran papel en la sociedad que valora tanto las formas de diplomacia, cortesía, simpatía y captación. Por fin, hay un grupo dotado especialmente para el mando: tiene ideas claras, abertura hacia el prójimo, carácter humano, sentido de la responsabilidad. Que gobiernen.

La selección del equipo atiende a calidades específicas. No basta la ejemplaridad para los cargos técnicos. Son cosas distintas. Un hombre sano y bueno no es necesariamente una pieza eficiente. Y esto aún partiendo de un concepto de la bondad que no tiene nada que ver con lo que para determinadas mentalidades es el hombre ejemplar. Un religioso que llega el primero al coro, que observa rigurosamente la disciplina, que no ha creado problemas a la autoridad, que “vive su vida”, puede carecer en absoluto de condiciones de mando. Desde luego, la ejemplaridad es indispensable, pero en la práctica va muchas veces desligada del estilo de equipo.

El trabajo en equipo “prueba” la capacidad de desprendimiento, de disciplina, de entrega y de olvido de sí mismo. Todo va en función del acercamiento mutuo que es imposible —dadas las contingencias de mentalidad, edad, formación, estilo de vida— sin un depurado y espiritual amor fraterno. Pero este es sólo el punto de partida. Se necesita, sobre todo, carácter. Los resentidos, los suspicaces, los fanáticos, los irascibles, crean problemas de convivencia que retrasan la marcha del equipo. Y se necesita la aptitud intelectual o pro-

fesional como condición de eficacia. Con estas cualidades, la realización de los objetivos comunitarios va por buen camino.

Como es lógico, lo dicho tiene un valor relativo. Depende de las metas que cada equipo se proponga y de los medios que se han de usar. En un equipo de científicos lo que interesa es la inteligencia, ante todo, es decir, la competencia científica. En un equipo de pastoral cuentan más las horas de vuelo y el conocimiento experimental de los campos de apostolado. Y para compulsar estos datos no basta la autopresentación que se presta a numerosas confusiones: hay personas modestas y hay quien busca el equipo como trampolín para una escalada.

La distribución inteligente y justa del trabajo ofrece gratas sorpresas. ¿Qué hubiera sido de Pemán sin la oportunidad de darse a conocer como escritor? Andaría a estas horas de "picapleitos". El cantor Clif Richard se encontró a sí mismo por una circunstancia fortuita. Una actuación en público descubrió que un hombre oscuro llevaba dentro un conferencista notable. Una entrevista en la radio dio al director la pista de un gran locutor. El conocimiento personal —el diálogo abierto— es el método más indicado para que los responsables puedan situar a cada uno en su puesto. Así descubrió la comunidad franciscana el valor de un fraile oscuro hasta entonces que luego sería Antonio de Padua.

Estas sencillas reflexiones indican lo difícil que es formar un equipo que no degenera en la mera yuxtaposición de individuos. Pasa como con la democracia: los antropófagos no tienen materia prima para ser demócratas. Los hombres primitivos que reaccionan furiosamente ante la actitud responsable de sus conciudadanos podrán formar exacerbados bandos de fanáticos agresivos. Lo que no formarán jamás son núcleos humanos de convivencia.

Las obras ligadas excesivamente a una persona ofrecen pocas garantías de continuidad. Si son brillantes, lo que se busca es la persona concreta y no se admiten sustitutos. Pero lo normal es que sean obras que pueden llevar adelante las comunidades. Y es cuando el sentido de equipo les da lo que en definitiva interesa: permanencia y continuidad.

UNIDAD Y DIVERSIDAD

La dirección de la fraternidad tiene una sola meta: la unidad. Todos los miembros buscan la perfección de la caridad cristalizada

en la vivencia profunda del Evangelio. Todos intentan la imitación fiel de Cristo. Lo que varía es el modo. La juventud se proyecta hacia el futuro por ley de vida. La ancianidad retorna sentimentalmente al pasado. Esto fue siempre así porque de otro modo, no habría habido progreso histórico. Y seguirá siendo así hasta el fin de los tiempos.

Unidad no es uniformidad. La vida comunitaria uniforme no es posible ni deseable. Como en la geografía, en la comunidad hay valles frescos, llanuras, pueblos y montañas. Es mejor así, que el paisaje se enriquezca de formas diversas. El paisaje uniforme sería pobre y monótono. Una vida comunitaria reducida a formas primitivas de convivencia resalta menos el valor de la unidad que el esquema moderno de los grupos humanos. La fraternidad franciscana primitiva se enriquece notablemente con la integración de universitarios, profesores, campesinos, juglares y nobles.

Unidad es integración de lo diverso sin limitaciones empobrecedoras de ninguna especie. Las limitaciones obedecen siempre a una visión limitada, imperfecta y egoísta de las cosas. Limitan los hombres limitados. Francisco de Asís cultivaba la amistad de ricos y pobres, de campesinos y nobles, de clérigos, obispos y seglares. El capuchino que inmortaliza Manzoni en "*Los Novios*" frecuenta los sitios humildes y los brillantes. Lo mismo entra en el palacio de los poderosos que en las casas de la gente humilde. Porque lo que cuenta es el hombre, la dignidad personal, el alma inmortal. La única preferencia lógica viene dictada por la necesidad. Y generalmente los pobres necesitan más de nuestra ayuda.

La unidad no es uniformidad. Los conflictos generacionales, que son ley de vida, se solucionan desde una perspectiva fraternal e integradora. No hay disyuntivas exclusivistas, no tienen razón de ser las polémicas agrias, quedan descartadas las valoraciones apasionadas. No se puede prescindir de nadie porque todos ocupan su puesto y realizan una labor inapreciable. La formulación fraterna incluye en un mismo plano de estima a pobres y ricos, viejos y jóvenes, intelectuales y analfabetos, blancos y negros, conservadores y progresistas, demócratas y republicanos.

¿Por qué no se marginan para siempre las valoraciones impertinentes? Y es impertinente hacer preguntas que hieren la caridad despiadadamente. Unos ejemplos: "¿Quiénes son mejores, los jóvenes o los viejos?", "¿Adónde vamos a parar por este camino?", "¿Cómo es posible pensar así en el siglo XX?".

Es mucho mejor atenerse al sabio lema de "libertad en lo opinable y caridad en todo". Porque es un pecado detestable de soberbia juzgar a los hermanos. Dios, que conoce los corazones, es quien puede juzgarnos. Los hombres no tenemos elementos suficientes para ser justos.

El único juicio que nos ennoblece es la caridad, que "no piensa mal".

EL DIALOGO

Todo lo que se ha hablado y escrito en estos años sobre el diálogo ha servido para probar lo difícil que es dialogar correctamente. El diálogo es un juego limpio en el cual importa ante todo tomar parte activa. Ganar o perder es secundario. Desde luego, es preferible perder con elegancia a ganar con trampas.

En una formación para el diálogo habría que dedicar jornadas intensivas a las clases prácticas. Porque, en teoría todos somos respetuosos, sinceros y hasta amables. Los jugadores de mus de las tardes del sábado defienden con voz desacompasada y aguardentosa que son amigos del diálogo. Los "hippis" de la última hornada se quejan de que no se les toma en cuenta. En nombre del diálogo se han cometido abusos inconfesables.

Y es que el diálogo necesita, como base, unas cuantas virtudes humanas de difícil ejercicio, tal como la sencillez, la honestidad, la comprensión, la madurez, la disciplina. Y un espíritu de profunda fraternidad para ponerse en el plano intelectual, ambiental, sentimental e incluso religioso del prójimo.

El diálogo tiene como exigencia primaria el saber escuchar al prójimo. Escuchar es hacer un esfuerzo por comprender lo que nos dicen, para situarnos espiritualmente en lugar del interlocutor, para ahondar en las razones que explican o condicionan criterios que quizá personalmente no compartimos. Esta comprensión y este esfuerzo nos colocan en una perspectiva nueva y nos descubren horizontes nuevos. ¿Quién no ha experimentado con frecuencia que los enfoques del prójimo son más luminosos y más realistas que los propios? El diálogo así llevado enriquece los puntos de vista personales con la experiencia y la sabiduría del prójimo.

Los descubrimientos modernos de la ciencia y de la técnica han

comprobado experimentalmente las limitaciones del hombre. El progreso humano descubre realidades nuevas, mundos extensos insospechados, maravillas naturales. Sin el esfuerzo por la conquista gradual de la historia, el hombre viviría aún en la edad de piedra. Quien defendiera a capa y espada su mundo nostálgico de arados y romanzas pastoriles renunciaría al mundo nuevo, mucho más bello y confortable, de los viajes espaciales, del ecumenismo, de los medios de difusión.

Saber escuchar en plan fraterno es mucho más que prestar atención cortés a las palabras del prójimo. Es hacer un esfuerzo por calar en su intención y por potenciar su alcance y su contenido. Tal esfuerzo descarta de raíz toda preocupación polémica. No se escucha para dar tiempo a la réplica propia o para localizar los puntos flacos de la argumentación ajena. Se busca la verdad y se reciben con agrado hasta las lucecitas más insignificantes en apariencia.

Dialogar así es cercenar de raíz nuestro egoísmo. En lo espiritual como en lo físico nos gusta y nos halaga dar, mientras que sentimos cierto recelo a la hora de recibir. Parece que la aceptación de lo que nos da el prójimo nos humilla porque, en principio, pensamos que tenemos toda la verdad y nos envanece el dar. Sin embargo, escuchar es grande por eso, porque aceptamos el don del prójimo aún creyendo que nos encontramos en disposición de dar.

En un diálogo fraterno, el intercambio es constante. Damos en la medida de nuestros talentos lo mejor. Y aceptamos, sin escrúpulos, lo que nos brindan. Compartimos la mesa, compartimos la amistad, compartimos la gloria, la tristeza y la esperanza. Cuando no hay más que un sólo corazón y un mismo espíritu, el diálogo brota espontáneamente.

Cualquier observador de la vida comunitaria puede concluir que se discute mucho y se dialoga poco. Se puede hablar mucho, se puede hacer un gran alboroto sin descender al terreno del diálogo. Un mitín no se parece nada a lo que entendemos aquí por diálogo. Sin embargo, una convivencia tranquila puede rezumar diálogo por todos sus poros. En efecto, hay gestos, miradas y silencios que expresan contenidos profundos.

Por influencias de importación monacal —el monaquismo ha sido funesto en la marcha de la fraternidad— la proliferación de formas monjiles ha helado manifestaciones normales del diálogo. El silencio ha tenido la culpa de la huida del prójimo. En el encuen-

tro con el hermano que venía de lejos podía más la hipocresía legalizada que la legítima expansión fraterna. Y se pasaba al lado del hermano, sepultado de por vida en la selva, con una inclinación grotesca de cabeza. ¿Es que el encuentro con un hermano carnal no produce alegría, emoción humana, expresada por el abrazo cordial y la conversación expansiva? Y nos ha recordado enérgicamente San Francisco que el amor fraterno tiene que superar al amor de la madre. ¡A ver si a una madre separada durante años de su hijo le insulta con una mueca!

El diálogo es un encuentro caritativo. Prescindir de las formas normales de la convivencia con el pretexto de que es “hora de silencio regular” huele a fariseísmo de la más baja estofa. Cuando llega un hermano a casa hay que dejarlo todo para recibirle y atenderle. Y esa es la ocupación primera, de modo que si hubiera que elegir entre la oración y la caridad —es una hipótesis— no cabrían vacilaciones: la caridad primero. Y entre silencio y caridad, primero la caridad. Y entre observancia y caridad, la caridad primero. Y esto es el abc del franciscanismo.

Lo dicho de la caridad y del diálogo tiene una aplicación especial, según nuestro Padre, tratándose de hermanos necesitados o enfermos. El hermano que ha pecado tiene necesidad de explayarse con sus superiores. Y el superior debe escuchar fraternalmente, con la intensidad de pena, de preocupación y caridad de una madre. Esto es diálogo, y no la ruptura brutal con gesto de escándalo y el traslado urgente en el primer tren y el comentario maligno y despiadado. Y si el fraile está enfermo, el superior debe visitarlo, no para cumplir una rúbrica, porque estaría mal visto que no lo hiciera. Debe visitarlo para acompañarlo, para consolarlo, simplemente para pasar el rato y no para hacerle examen de conciencia a ver si puede levantarse por la mañana e ir al coro.

Se comenta en los ambientes de alta espiritualidad que la enfermedad ha provocado crisis de vida religiosa. Y es cierto, no por falta de presencia de Dios, sino por ausencia de los hermanos. Porque el enfermo ha descubierto dolorosamente que lo dejan sólo, que se pasa meses en el hospital como un hospiciario, sin nadie que lo visite. Ha sido una crisis peligrosa porque se ha disilusionado, ha descubierto personalmente que se encuentra sólo. Nada de extraño que una experiencia tan brutal le deje “tocado” para toda la vida.

El diálogo satisface la necesidad humana de saber y cumple el

misericordioso oficio de enseñar. Los hombres empiezan a aprender de verdad, cuando reconocen humildemente que ignoran muchas cosas. Preguntar es querer saber. Responder es querer enseñar. Como el diálogo incluye ambas cosas, es el procedimiento más honroso de la convivencia. Por eso la pregunta decisiva en el "test" del examen de ingreso debe formularse así: ¿Tiene capacidad para el diálogo?

Los presupuestos del diálogo van en este sentido. El primer deber es atender al prójimo, por espíritu de desprendimiento, por delicadeza, por lealtad, por caridad. Esta idea podría presentarse así en la línea pragmática y barroca de *"El capuchino retirado"*: ¿Que tienes muchas ocupaciones? ¿Qué importan tus cosas? Preocúpate del prójimo. ¿Que estabas entusiasmado con tus nuevos proyectos que te desvinculaban de la vida comunitaria? ¿Qué importan tus cosas? Preocúpate de la comunidad. A ver por qué está preocupado el provincial, por qué no duerme el guardián, por qué ha tenido que ingresar en el sanatorio el padre o el hermano X. Despreocúpate de ti y atiende al prójimo.

El "yoísmo" es un sistema descaradamente egocéntrico cuya peligrosidad queda desenmascarada por el Concilio cuando habla de la ética individualista. Por justicia y por caridad no podemos enclausarnos en el propio yo o en el mundillo "acotado" que nos rodea y nos solicita con multiplicidad de planes enanos. Lo honrado es colaborar al bien común promoviendo y ayudando las instituciones públicas o privadas que sirven para mejorar las condiciones de vida del hombre. Cain fue un perverso, porque mató a su hermano y porque quiso desentenderse de él. En la fraternidad es una perversión preguntar: "¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?" Porque, en efecto, todos somos responsables de la suerte de nuestros hermanos.

La revisión de vida —otro elemento para sincerarse en el diálogo— debe incidir seriamente en las obligaciones comunitarias. Porque se da el caso de religiosos que conviven durante varios años en una comunidad y no tienen nada que decirse. Un desconocimiento y una desvinculación de esta clase se excusarán difícilmente del pecado de omisión en un punto tan clave como la vida fraterna. Lógicamente, la multiplicidad de tareas lleva a cada uno por su camino. Y en este sentido el compromiso en una tarea de equipo exige relaciones personales más periódicas. En todo caso, hay que prever tiempos especiales de dedicación general donde los hermanos

puedan conocerse. En la fraternidad no debe ser excluido nadie por ningún motivo.

Por desgracia, también en la comunidad se dan casos de incapacidad para la convivencia. Son los caracteres difíciles, los que padecen dolor crónico de estómago y no lo disimulan, los tocados por la enfermedad de la melancolía. Se aíslan voluntariamente y no hay modo de recuperarlos. La experiencia demuestra igualmente que ciertas taras de temperamento y de formación hacen imposible la convivencia integradora. En este caso, lo mejor es aceptar los hechos y poner en cuarentena a los incapaces. No se puede hablar de democracia en el Congo, porque los antropófagos te asan y te comen al primer descuido.

Pasando ya concretamente a los caracteres del diálogo, basta con citar a Pablo VI que estudia ampliamente el tema en la tercera parte de la "*Ecclesiam suam*". El diálogo ha de ser claro, afable, confiado y pedagógicamente prudente.

La *claridad* es imprescindible, ya que hablamos para entendernos. Ortega y Gasset decía que la claridad es la caridad del estilo.

La *afabilidad* incluso en el caso de que no puedan aceptar los criterios ajenos. Es de una incorrección brutal herir a las personas para apuntalar más las opiniones propias. Las opiniones valen lo que valen las razones independientemente de la conducta personal.

La *confianza* en el hombre con quien dialogamos es una disposición previa para que exista el diálogo.

La *prudencia* pedagógica viene exigida por el sentido común. No se puede hablar con niños, campesinos o trabajadores de fábrica como con universitarios o con teólogos.

Para conocer el calado de vida comunitaria de cada fraternidad un indicador de base es la presencia del prójimo. Un tema bastante olvidado en los tratados de vida espiritual y que se presta a reflexiones de la máxima transcendencia. La presencia de Dios es una invitación a la autenticidad religiosa: "Anda en mi presencia y no pecarás". La presencia del prójimo es una llamada a la autenticidad, a la cortesía y a la caridad. También aquí cabría el argumento clásico: si no piensas en tu prójimo a quien ves, ¿cómo vas a pensar en Dios a quien no ves? Es dudosa la presencia de Dios que no lleva espontáneamente a la presencia del hermano.

La vida normal del fraile menor transcurre por cauces de sen-

cillez. Y es precisamente en la vida cotidiana donde adquieren su relieve la delicadeza, la comprensión y la cortesía. Como en la vida familiar —y la fraternidad es una familia en la intención de sus profesantes— cobran un valor especial las formas sociales. Si cada uno aporta lo mejor de sí mismo, la vida comunitaria se enriquece, se hace más grata y más amada. El Concilio apunta sutilmente que la convivencia fraterna favorece la floración de la castidad. Por el contrario, cuando los individuos crean problemas comunitarios con su egoísmo y con su indelicadeza, los choques son frecuentes con detrimento del espíritu de caridad.

La violencia y la brusquedad frenan la confianza y despojan a la vida en común de su atractivo. Se ve bien que, en tal estado de cosas, el hombre se proyecta hacia afuera en busca de centros de convivencia más satisfactorios. O bien, se repliega en sí mismo con peligro de vivir en un aislamiento real aunque siga participando por disciplina de los actos de la vida comunitaria. En algunos casos, cuando la vida espiritual es madura, compensa al religioso de una convivencia despersonalizada y deshumanizada. Por lo que sea, cuando se puede constatar un enfriamiento colectivo en la vida diaria, hay que buscar vicios que afectan a la convivencia en su misma raíz.

La vida social profana se apoya en bases tan débiles como la educación externa. Se evita cuidadosamente lo que resulta molesto para el interlocutor, a fin de no crear tensiones ni amarguras. La vida social profana se coloca en la superficie de la convivencia. En el fondo, el prójimo no preocupa en absoluto. Por eso lo importante es guardar las formas, “aparentar” lo que no se es. Luego, por la espalda, se critica malévolamente.

De puertas adentro, una vida social hipócrita es insoportable. Porque en el roce diario se presentan innumerables ocasiones de reaccionar tal como se es. Si no hay caridad, quedamos en una situación inferior respecto a los seglares, porque se deja ver el trasfondo de resentimiento, envidia y vileza sin los paliativos de las buenas formas. Posiblemente entre la hipocresía y la sinceridad “brutal”, habría que escoger la sinceridad, por brutal que sea. Pero entonces no queda más refugio que el pesimismo: ¿qué podemos esperar de unos hombres que recurren al insulto para dirimir sus cuestiones internas?

La experiencia personal de la vida comunitaria lleva consigo grandes ventajas de todo orden, incluso en plan utilitario. La con-

vivencia enriquece los conocimientos, multiplica las fuerzas, orienta la actividad de cada uno, posibilita la dedicación prevalente a tareas de especialización. Todo esto sería imposible sin la colaboración eficiente de quienes realizan tareas humildes de tipo doméstico. Entonces el problema no es de estómago, como se insinuó a veces con un concepto mísero y enano de la profesión. Es problema de jerarquización y de colaboración: que partimos de una seguridad que para la mayoría de los hombres supone la entrega en cuerpo y alma y que consume totalmente su jornada. No les queda tiempo para estudiar, para formarse, para crear: su preocupación por la vida es tan intensa, que los absorbe.

Pensar en el prójimo es valorar en su justa medida la labor abnegada de los hermanos que queman su vida en oficios domésticos, sin compensaciones humanas de ningún género. La presencia del prójimo supone una delicada estima de lo que hacen los demás, sobre todo cuando salimos personalmente beneficiados de su trabajo. Supone una franca amistad fraterna. En plan de fraternidad, todos somos iguales. Lo que interesa es la fidelidad con que cada uno desempeña su cargo, la calidad del comportamiento, no la brillantez externa.

Pensar en el prójimo es estar disponibles sin condiciones para crear un clima grato y exigente del hogar. Los tocados de la funesta "envidia clerical" deben ser descartados de la vida comunitaria.

La pasividad provoca situaciones críticas que enfrían o entibian las relaciones cordiales. Son "detalles" que indican la capacidad de pensar en los demás. Por ello, sugeriría que en adelante se hable un poco más de la presencia del prójimo ya que nuestra vida es comunitaria y nuestra actuación repercute favorable o ingratamente en los demás.

LOS POBRES

El testimonio colectivo de pobreza que pide el *Perfectae caritatis* no consiste exclusivamente en vivir con pobreza. La vida pobre debe ser el resultado de una mentalidad, la proyección ejemplar de un sentido claro de la pobreza. Y aquí nos encontramos con una experiencia original y chocante que el pueblo capta y que se presta al comentario irónico.

En rigor, la pobreza es incómoda. El hombre venido a más corre el peligro de narcisismo. No pierde ocasión de recordar que se hizo a sí mismo, que salió de la nada por su propio esfuerzo. La psicología del "nuevo rico" está penetrada de un mal disimulado orgullo y de un menos disimulado desprecio hacia aquellos que no han sabido abrirse paso en la vida.

Una auscultación a fondo revela en seguida ciertos focos de espíritu mundano en la valoración de la pobreza y la riqueza. Esto es, desde luego, antievangélico, pero es así: inconscientemente presu- mimos de ciertas amistades que resultan ventajosas en plan social. Nos encontramos a gusto con los ricos, con los que tienen toda clase de facilidades para pasarlo bien, con los que son personajes importantes. Es un contrasentido hacer compatible nuestra altísima pobreza con una admiración descarada de los que no tienen más méritos que su escandaloso tren de vida.

Las manifestaciones de esta mentalidad de ricos son numerosas: se fomenta el encuentro y la amistad con los poderosos, se trabaja con más gusto en ambientes acomodados donde se respira abundancia y bienestar. Se busca al amigo con coche, con puestos honrosos, con múltiples influencias. De un modo inconsciente, muy peligroso, se cataloga al prójimo con criterios profanos: "es una familia bien", "pertenece a las mejores familias", "nuestra casa es frecuentada por gente bien". Y en esta valoración se atiende únicamente a su posición económica.

El Evangelio va por otro camino: la "evangelización de los pobres" figura como signo visible del mesianismo de Cristo. Francisco de Asís renuncia a la vida burguesa para entregarse en cuerpo y alma a los pobres. En la fase de ensayo atiende a los leprosos. Luego, una vez que decanta su vocación, "evangeliza" a los pobres. La predicación popular, en los ambientes sanos del pueblo, es su gran misión. Para él el retorno al Evangelio es el retorno a los pobres.

Evangelizar a los pobres no es cuestión de limosneo en mayor o menor escala. Desde luego, el procedimiento de la limosna a cuentagotas es insufrible para los hombres de nuestro tiempo. Van desapareciendo las "colas" de pobres los martes, viernes y otros días feriados para recibir la humillación de una pesetita, que sumada a otras humillaciones más, sumaba varias pesetitas. Era un procedimiento humillante que provocaba interiormente el rencor, sobre todo cuando se excluía de la pesetita a los que no iban a misa.

Evangelizar a los pobres no es dar de comer y vestir pulcramente —con ropita de artesanía confeccionada por importantes damas a un grupito determinado de pobres con nombre, apellidos y domicilio registrados. Importan los pobres, todos los pobres sin distinción de edades, ni de conducta ni de color ni de credo religioso. Evangelizar a los pobres es darles casas, sufragar sus gastos, pagar su vivienda. Pero, ante todo, evangelizar a los pobres es esforzarse por comprenderlos, compartir sus preocupaciones, dedicarles tiempo, trabajo y amor. Evangelizar a los pobres es vivir a gusto con ellos, entre ellos, para ellos y considerarse honrado cuando a uno le consideran como amigo de los pobres.

Con el tiempo se ha revisado también el concepto de pobres. Hoy son pobres los que viven angostamente incluso en plan físico: vivienda insuficiente y poco higiénica, sueldos que no cubren el presupuesto normal de un trabajador, imposibilidad de hacer frente al porvenir con alguna garantía...

Es pobre el trabajador "*en paro*" que se acerca a la porteria. La solución cómoda es darle cien pesetas y desearle suerte, pero con toda seguridad, si fuera algo nuestro —por ejemplo, nuestro padre o nuestro hermano,— y tuviéramos oportunidad, lo colocaríamos. Cierto que nuestras casas no son oficinas de colocación, pero cuando el problema nos toca en carne viva hacemos lo posible por encontrar soluciones válidas.

Son pobres las jóvenes recogidas en un colegio de rehabilitación. Es sorprendente y triste constatar que no se encuentran sacerdotes para atender estos centros asistenciales, que no pueden asignar un sueldo. Mientras que hay cola para enchufarse en colegios de la burguesía, casi todos regentados o asistidos espiritualmente por el clero. Y es que el trabajo entre la gente humilde no es rentable, "no compensa" en ningún sentido. Frases profanas que delatan un utilitarismo brutal o una dependencia vergonzosa de las clases privilegiadas.

Pablo VI nos ha dicho bien claro que esperaba una dedicación más notoria de los capuchinos al mundo del trabajo. Dice que es nuestro puesto y que pensaba encontrarnos entre los trabajadores, compartiendo su pan y su lenguaje. Es una denuncia muy digna de tener en cuenta, porque es justa. Desde luego, siempre ha habido obras para pobres: comedores, dispensarios médicos, farmacias.

Modernamente, han brotado nuevas formas de encuentro con los trabajadores y la gente humilde, como los suburbios, las escolanías, las academias de obreras, etc. Pero han sido generalmente obras individuales que no comprometían la existencia y la marcha de una comunidad como tal.

Con la nueva legislación se prevén fraternidades entre trabajadores, enclavadas en los barrios pobres, con una dedicación prevalente o exclusiva al mundo del trabajo. Es un momento de prueba, a ver hasta dónde llega el amor a los pobres. Porque no se trata de ocupaciones provisionales que no ligan a la comunidad más que de paso. Sino de instituciones concebidas directamente para los pobres y que obligan a convivir con ellos, a compartir las necesidades y a vivir los mismos problemas económico-sociales de la gente subdesarrollada. Digo que estas experiencias comprobarán si nuestro amor a los pobres era oro limpio o "poses" para la publicidad.

El pueblo no cree ya en los gestos teatrales ni en la autodefensa apologética. No se convence más que con el testimonio concreto de los hechos. Por lo general, nos consideran desvinculados de sus problemas y muy atareados en atender a los ricos. Sólo a base de hechos palpables se les convencerá de lo contrario. Y el hecho salvador que probará el mesianismo de los Institutos religiosos es éste: la "encarnación" del religioso en el mundo obrero. Encarnación que lleva consigo asumir su género de vida, hacerse en todo semejante a ellos, tener las manos encallecidas como ellos, vestir pobremente como ellos. Ser pobres de hecho, como ellos. Guardar cola en los organismos públicos, como ellos. Perder el sueño por necesidades vulgares, como ellos. Quedarse sin trabajo —y no tener otro medio de vida— como ellos.

La deserción progresiva de las prácticas piadosas es un hecho reconocido unánimemente por sociólogos, historiadores y pastores de almas. El mundo obrero se aparta de Dios, los pobres dan las espaldas a la Iglesia. La masa no quiere saber nada de los curas. Urge, entonces, la evangelización de los pobres para que comprendan el sentido cristiano purificador de la vida. Pero ya no sirve predicarles la resignación en espera del triunfo futuro en los cielos. Hay que trabajar con más realismo y ofrecerles un mundo presente menos injusto, donde los bienes creados por Dios se repartan equitativamente entre todos los hombres.

LA ENVIDIA

Es curioso constatar que autores del más vario estilo coinciden, a la hora de calificar la envidia, como "vicio nacional". Para Don Miguel de Unamuno el diagnóstico se agrava al afirmar que contagiamos con nuestra envidia a los pueblos de Hispanoamérica. Triste herencia, de ser así. Menéndez y Pidal viene a destacar este feo vicio en la historia española. Y lo mismo han hecho otros literatos y pensadores. Y cuando hay una coincidencia tan plural es que algo de verdad hay en el fondo.

Por otra parte, ¿Quién no ha oído ironizar la célebre envidia "clerical?" La paz clerical —dígase la paz conventual— está perturbada por turbias corrientes interiores de suspicacia, desconfianza, cotilleo y mezquindades. Es decir en plata, "por la envidia". El hecho existe, aún cuando no en las proporciones globales que dicen ciertos escritores. Por lo menos puede existir, lo que debe motivar una revisión de vida a fondo para desenmascarar a los envidiosos y ponerlos la proa.

Como se ve, por españoles y por la especial forma religiosa de vida estamos tocados por un mal que, en la fraternidad, resulta muy delicado. La envidia se presenta pálida y amarilla, lo cual ha dado pie para compararla a un cadáver. Por otra parte, el envidioso vive desasosegado por un bacilo de muerte, que muerde y carcome. La "autopsia" de un envidioso ha arrojado datos reveladores: corazón pequeño, venas pequeñas y músculos amarillentos. Es curioso comprobar médicamente que la envidia disminuye la intensidad de la irrigación sanguínea y produce perturbaciones generales de tipo orgánico.

Corazón pequeño. En rigor, el envidioso centra la vida en torno a su persona con exclusión brutal de sus semejantes. No se trata únicamente de afirmar su personalidad, su presencia, sus valores, sus relaciones sociales. Esto sería admisible hasta cierto punto. Hasta la línea donde viven y actúan los demás hombres. El pecado capital del envidioso es que no admite la presencia ni los valores del prójimo. Y la razón es sencilla: opina que al centrar la atención en los demás, la aparta de sí mismo. Mira con tristeza el bien ajeno porque se siente desplazado de la atención general. La admiración al prójimo le produce un amargo pesar porque quiere la admiración para sí mismo.

En todo esto late el instinto de conservación personal, enraiza-

do profundamente en la naturaleza humana. De suyo es bueno, pero empieza a ser peligroso cuando se interfiere en la vida y en los derechos de los demás. Es legítimo el deseo de "ser más", de mejorar posiciones, de adquirir nombre y fama. Lo inmoral es querer convertir al prójimo en peana o en instrumento de la glorificación propia. Que es, ni más ni menos, lo que hace el envidioso.

Corazón pequeño. Duele en carne viva el triunfo de los semejantes. El hombre magnánimo se une gozosamente al bien de los demás, está pronto a la felicitación efusiva, se siente contagiado con la felicidad ajena. El envidioso se turba interiormente, porque se nota a sí mismo sin relieve, en un segundo plano, un poco rebajado. Y es que, en definitiva, carece de valores humanos para sobresalir. No tiene estatura para ser advertido, no es grande. Entonces, para hacer notar su presencia, rebaja vilmente a los superdotados.

El envidioso no descubre su espiritual amargura. Se disfraza de hombre exigente, importante y honrado para deslumbrar a la opinión. Critica a un personaje, a una sociedad, un libro, un hecho, porque se lo pide así su conciencia. Incluso llega al histrionismo de disfrazarse de amigo para que el acero de su crítica penetre más hondo y haga más mal. "La verdad es que lo siento mucho, es un gran amigo mío y yo lo estimo, pero... en tal ocasión estuvo desafortunado, su nuevo libro no vale nada, es bastante vulgar en todas sus cosas".

En gramática había numerosos ejercicios para poner las frases en estilo directo. Lo que el envidioso pretende es restar méritos a la obra de su amigo, ya que vive interiormente carcomido por su triunfo. Es como el torero que prepara terreno y suaviza al toro para matar a gusto. De sobra ve el envidioso que el estilo directo —la difamación cara a cara— descubriría su ruindad. La envidia al descubierto es considerada socialmente como una vileza. Por eso se entretiene, antes de matar, en una "faena de adorno".

Corazón pequeño. Los mediocres son enanos del espíritu que pasan desapercibidos en la vida comunitaria porque hay hombres normales y hombres de gran estatura intelectual, moral o religiosa. El enano quiere sobresalir, "rebaja" a los demás a su mismo rasero: así todos iguales. En algunos casos, el mediocre se encarama sobre los hombros de los demás, lo cual no impide que siga siendo enano. Es ese tipo repugnante del calumniador o del "chivato". (Uso esta

expresión tan poco académica porque es muy expresiva y caricaturiza estupendamente al envidioso).

Corazón pequeño. Cuando Agustín de Hipona describe su infancia, se acusa a sí mismo de envidia. No podía tolerar sin un enorme malestar que una mujer amamantara a otro niño en su presencia. Se ponía lívido y se amargaba por el bien ajeno. Es un caso experimental que se repite todos los días. Ved a un niño rodeado de juguetes. Están tirados por el suelo. Dadle un juguete inferior al hermanito y veréis cómo reacciona. Y en otras esferas de la vida, el hombre no patalea ni se enrabieta exteriormente, pero se está comiendo de amargura interiormente.

Ya de puertas adentro, ¿qué sucede cuando un compañero triunfa en la vida? ¿Qué pasa cuando un compañero es seleccionado para ir a la universidad o es votado para algún cargo? Siempre se suscitan comentarios tendenciosos, recuerdos de tiempos pasados y originales interpretaciones. Lo interesante es que tienen que tributar a la aduana del cotilleo envidioso hasta los más inteligentes y bondadosos.

Naturalmente, la envidia no ataca, hasta la exacerbación, más que a los seriamente enfermos (¡qué buen diagnóstico el de la envidia como "pathos"). Hay caracteres que saben aplaudir con nobleza los triunfos del prójimo. Y los hay que, en un gesto bello de delicadeza y fraternidad, cogen un lápiz rojo y ponen una cruz o "recuadran" las noticias que prestigian a la Fraternidad o a los compañeros: un nombramiento, un premio obtenido en concursos científicos o literarios, la concesión de una beca por méritos personales, una conferencia en semanas nacionales, etc. No, no todo huele a podrido en Dinamarca..., contradiciendo a Shakespeare.

El hombre mediocre suele ser propugnador de "nivelaciones" igualitarias. Su "slogan" es: todos iguales, todos lo mismo, todos por el mismo raser. Nada más legítimo, si diera a la palabra "igualdad" un sentido humano. Efectivamente, conviene inculcar que todos somos iguales, que no tienen razón de ser los "clasismos" anacrónicos, ni los privilegios a ultranza. Pero el mediocre entiende la igualdad como despersonalización, como gregarismo, como masa. En seguida se advierte que tal igualdad es una utopía, ya que en una misma comunidad hay hombres vulgarcitos y hombres superdotados. Una cosa es la igualdad y otra la existencia de hombres "en serie".

Nuestro genial Quevedo dice que la envidia está flaca porque

muerde y no come. Seguramente, experimentó en su propia carne la mordedura de los mediocres, que no podían tolerar su encumbramiento. Porque ya entonces existía esa raza maldita de "roedores" que, incapaces de hacer nada que merezca la pena, se dedican a demoler lo que hacen los semejantes. Unamuno llama a los envidiosos "rastacueros".

Ni que decir tiene que los envidiosos son una plaga para la vida comunitaria. No hacen ni dejan hacer. No colaboran y ven a disgusto o fustigan cruelmente a los que prestan con honradez su colaboración. Son tan egoístas, que enjuician a los demás desde su triste y mezquina soledad.

¡Pobres! Son "rastacueros".

HOSPITALIDAD

Hoy que se han multiplicado tanto las formas de relación y convivencia entre los hombres se destaca en un primer plano de atención la hospitalidad. Sentar al visitante a la mesa es ya una norma de cortesía y de amistad que crea lazos entrañables. Vamos a visitar a un amigo o llevamos simplemente una visita de amigos comunes y se nos invita a comer y a dormir. Es decir, se nos abren las puertas de casa y este ofrecimiento, que muchas veces no pasa de ser un simple protocolo social, es con frecuencia sincero y habrá que aceptarlo para no desairar ni herir.

Por tradición y por caridad, nuestras casas deben estar siempre abiertas. Es, por otra parte, una norma que ha conservado a lo largo de los siglos su vigencia, el albergar a los hermanos que vienen a trabajar entre nosotros o en una visita de cortesía. Con el fenómeno nuevo del turismo, se multiplican las visitas de hermanos a quien no conocemos. Vienen de peregrinación o de paso y es nuestro deber acogerlos fraternalmente y repartir con ellos nuestro pan y nuestra vivienda. Cada comunidad debe crear las condiciones favorables, dentro de nuestro estilo, para que los huéspedes se sientan a gusto y como en su propia casa.

Los cambios profundos de todo orden que glosa el Esquema XIII afectan de un modo especial a las relaciones a escala nacional e internacional. No es difícil encontrar en las casas céntricas a hombres de diversas nacionalidades, lenguas y culturas sentados a la misma mesa. Se ve claro que hay que extremar la caridad para con-

vivir con paz y alegría. Por encima de los intereses propios de cada nación está la fraternidad que nos une en un mismo espíritu y en empresas apostólicas que rebasan todas las fronteras. Una sobremesa, o el esparcimiento de las recreaciones, no es el tiempo oportuno para discusiones de política que dificultan la convivencia fraterna.

La hospitalidad es algo más que dar comida y cama a los visitantes. Es, ante todo, una acogida cordial, un encuentro amable y caritativo, un servicio que se presta con alegría al prójimo. El huésped nota en seguida la temperatura humana y franciscana de sus hermanos. Tiene un sexto sentido para intuir cómo ha caído en el ambiente. Y es triste constatar la "reticencia" y el desinterés de ciertos recibimientos. No es el malhumor de un portero atareado lo que más molesta. Es mil veces peor la indiferencia y ese pasar al lado sin la más leve muestra de aprecio ni de alegría. O el grosero e incivil comportamiento de quienes ni siquiera se acercan a saludar, después de haber vivido separados varios años.

Las visitas familiares y a los amigos de verdad se caracterizan por su "clima": la alegría es tan notoria que no se puede disimular. Se encuentra uno a gusto con los suyos. Es justamente el clima que se intenta crear en nuestras comunidades: alegría por el encuentro. Y, como somos humanos, alegría demostrada, júbilo espontáneo, conversación interesante. Y para esto basta con ser sencillamente humanos, comprensivos, acogedores. Cada despedida puede resultar penosa y, de hecho, es así cuando la fraternidad no se queda en bellas teorías desencarnadas. Que no parezca nunca verdad aquello, tan monstruoso, de que los huéspedes dan dos alegrías: una al llegar y otra al marcharse.

Francisco de Asís quería que los encuentros de sus hermanos fueran presididos por la "familiaridad", la comunicabilidad expresiva, la confianza mutua que llevan consigo la manifestación de problemas y de necesidades. Y pone como modelo de estas relaciones fraternas el desvelo y el amor de la madre. Con una actitud maternal como norma, la indiferencia y el desinterés resultan ofensivos para la fraternidad.

La caridad dispone de innumerables recursos para hacer grata la estancia —mejor, la convivencia— de los huéspedes. Hay que evitar por todos los medios que los hermanos visitantes se sientan forasteros, desplazados o extraños. Hoy entra en las normas comunes de la convivencia enseñar la ciudad, sus monumentos y paisajes al visitante, y sería descortés dejarlo solo, fuera del caso de una ocupa-

ción absorbente. Y, en tal caso, conviene presentar amablemente excusas por no poder acompañarlo. Es una ley de buenas formas.

El espíritu "leguyesco" y excesivamente jurídicista puede cortar en su raíz los más sinceros propósitos de fraternidad. Se presentan ocasiones excepcionales e imprevistas para visitar a nuestros hermanos: un amigo que hace un viaje a una ciudad donde tenemos casa. Es una oportunidad que se aprovecha para hacer una visita y para convivir con los nuestros. ¡Ah!, pero es el caso que no hubo tiempo para notificar la llegada "imprevista" y todo son dificultades. Se recuerda de un modo bastante brusco que hay obligación de avisar. Bien, la caridad pide que se avise, pero por descuido o simplemente por precipitación no se ha avisado. Hay que reconocer que, en casas de continuo tránsito —que no es lo común, ni mucho menos— se puede causar una molestia. El espíritu fraterno debe salvar la armonía, porque importa mucho más la hospitalidad que el cumplimiento de las ordenanzas.

En situaciones similares, los amigos de verdad quitan importancia a lo accidental: "No te preocupes, lo que cuenta es que has venido. Ya nos arreglaremos". Y el arreglo es sumamente sencillo con buena voluntad. Sería ofensivo para una fraternidad ponerla en inferioridad de condiciones en un aspecto tan vital como es la cordialidad. Tan vital que hay que defenderla a capa y espada, como se dice. En mi viaje a Inglaterra tuve que pasar una noche en Londres. Se me comunicó por orden superior que debía marcharme inmediatamente, "porque no había notificado mi llegada". No entendía el inglés, pero me di cuenta, por el gesto malhumorado y agrio, que era un "ultimatum". En las mismas condiciones, llegué de un modo "imprevisto" a casa de un sacerdote. Presenté mis excusas y el cura —Paul Montgomery— no me dejó acabar de hablar: "Mire, Padre, aquí tiene usted su casa para el tiempo que quiera. Y mientras más, mejor".

Como en el Evangelio, habría que preguntar: "¿Quién de los dos fue el verdadero hermano?" Es un hecho concreto que da materia para la caricatura. Por un olvido del "protocolo", se despide tranquilamente a un hermano que puede vagar a la buena de Dios por un país desconocido, buscarse un hotel o dormir bajo los soportales, por el delito legal de no notificar su llegada. Está mandado. ¿Y si hay un descarrilamiento en el tren? El espíritu leguyesco hace polvo al espíritu franciscano. Felizmente, en España llevamos varios años de retraso y no exigimos tantas pólizas. La fraternidad es más

importante que el papeleo y el expediente burocrático.

La hospitalidad tiene un aliado notable en las vacaciones, fenómeno sociológico del que se beneficia la gente de las más diversas extracciones, incluso los económicamente débiles. Entre ellos nos contamos —nos debemos contar nosotros. Nuestras casas situadas en la montaña y en la costa proporcionan un justo descanso en la época veraniega. Creo que entra de lleno en el espíritu franciscano compartir estos bienes con los hermanos. Podrían ser núcleos de irradiación fraterna, de convivencia constructiva y centros “piloto” en la práctica de la hospitalidad.

LAS FORMAS

En un contexto comunitario tienen una importancia notable las buenas formas, los gestos corteses, las palabras amables. Lo exige la cortesía y lo reclama el buen gusto. En un sentido muy preciso, las formas dan la temperatura emocional, humana, e incluso religiosa, de la vida común.

Naturalmente, hay que tener en cuenta la diversidad de temperamentos. Hay hombres biológicamente tranquilos. Y hay temperamentos explosivos, que reaccionan instintivamente ante los estímulos exteriores: sucesos, ambiente, imprevistos. El hombre temperamentalmente tranquilo no necesita esfuerzo para ser comedido: su mesura es lo que podríamos llamar una virtud natural. El hombre excitable debe someterse a una disciplina de reflexión previa y no dejarse llevar de sus nervios.

En la convivencia normal se permite el acaloramiento. Y es comprensible que los temperamentos fogosos pongan más pasión en la defensa de sus criterios. Lo que resulta intolerable es el recurso a la brusquedad y a la violencia para imponer sus puntos de vista. Hay que llegar a la convicción de la que las razones son más válidas que el insulto.

El insulto es intolerable porque indica una regresión al primitivismo y a la barbarie. No sólo provoca situaciones tirantes, sino que mata en su misma raíz el sentido del diálogo y suprime ferozmente a todos los que, de un modo o de otro, piensan que la libertad es un derecho sagrado. El hombre “primitivo” acude en seguida a la ley del “leñazo” para tapan la boca a sus oponentes. No conoce más ra-

zones que la fuerza bruta: los puños, la navaja o el machete.

Los hombres "primitivos" no obran a la luz del día. Buscan la oscuridad, la clandestinidad. No dan la cara, buscan el anonimato, no firman. Y, generalmente, se alían con hombres sin escrúpulos, en una malsana complicidad. Y esta sicología de bajos fondos de rencor se da —si hemos de creer a los sicólogos— a diversas escalas, desde quien se pone un antifaz para "atracar" a un banco, hasta quien se pone un antifaz para escribir un anónimo.

Dice agudamente Ortega y Gasset, en la "*Teoría del impropio*":

"Pues bien: los impropios son palabras que significan realidades objetivas determinadas, pero que empleamos, no en cuanto expresan éstas, sino para manifestar nuestros sentimientos personales". (El Espectador, I, pág. 149).

De este modo, podemos concluir que ciertos impropios suponen en el fondo de quien los dice un estado especial de ánimo. Se pueden denunciar la injusticia o la hipocresía con equilibradas y justas palabras. Es lo que hace el hombre culto y digno. Pero la reacción de quien es objeto de estas denuncias y la del denunciante califica espiritualmente a ambos. El hombre bastardo no se defiende con dignidad, acusa con vileza. No responde a la cuestión, sino que antideportivamente, se ensaña con las personas.

La "bastardía" es peligrosa por su agresividad, pero tiene también sus grados. No es lo mismo la ofensa verbal en un momento de irritación y apasionamiento, que el insulto calculado en frío. Quien espera la ocasión de vengarse y, pasado el tiempo, se venga a sangre fría, es un hombre de mal corazón. Quien redacta un escrito insultante, lo revisa y lo envía es, necesariamente, un hombre vil, a quien hay que mantener lejos, para que no envilezca a sus semejantes.

Quien recurre, por principio, al insulto y a la ofensa carece de las condiciones humanas indispensables para la convivencia. Y, ya en plan de fraternidad, no hay que recordar siquiera su total inadaptación a las leyes que enmarcan la vida comunitaria de cada día. No saben jugar limpio porque son rencorosos, vengativos, resentidos. Lo que se conoce en sociedad como un "grosero". Una selección inteligente de los candidatos no debe echar en saco roto las lecciones de la sicología.

En plan de "ejercicios prácticos" convendría descartar de la conversación diaria frases que no están a tono entre hombres cul-

tos. Y no me refiero a aquellos reparos un poco exageradillos de San Bernardo, que calificaba de “blasfemias” determinadas formas aseglaradas de expresarse. No hay que exagerar. La cuestión es mucho más importante. Y es que habría que hacer un elenco de frases “prohibidas”, por educación, por respeto al prójimo y hasta por estética.

“DISPONIBILIDAD”.

Es gozoso constatar que la “consecratio mundi” en su forma más rica de contenido tiene como punto de partida la “consecratio cordis”. Hay una proporción asombrosa y estimulante entre la entrega a Dios y a los hermanos y lo que se llama hoy genéricamente “cambio de estructuras”. Es cierto que el compromiso temporal incumbe directamente a los seglares. Pero la renovación interna, la transformación de base y la construcción de un mundo más conforme a los designios de Dios no puede hacerse más que desde Dios. El pueblo elegido ganaba las batallas a sus enemigos, mientras los brazos de Moisés permanecían tensos y elevados en oración. Cuando Moisés bajaba sus brazos cansados, el pueblo de Dios era derrotado.

La “consecratio cordis” —vvida con todas sus consecuencias— mortifica las apetencias intintivas y convierte al hombre en un ser nuevo. La pobreza desprende del corazón las adherencias e impurezas del egoísmo. Libera el corazón del endiosamiento que llevan consigo el poder, las influencias, el culto excesivo que pagan los ricos a su posición mundana de “privilegiados”. Con la pobreza desaparecen muchas turbaciones y muchas tentaciones peligrosas. El verdadero pobre goza de una libertad de espíritu que hace olvidar las privaciones. Es una crucifixión que libera al hombre de lo terreno, porque lo eleva de la tierra.

En esta situación de ánimo, el hombre queda “disponible”. En la dirección de Dios que colma el vacío que dejaron las cosas —“a los pobres y hambrientos los llenó de bienes”— y en la dirección del prójimo, al que se dedica el tiempo, el estudio y las preocupaciones más intensas. El pobre tiene la experiencia de la radical inseguridad y provisoriedad de las cosas. Por eso asciende en la vertical de la cruz y se abraza al Señor que es su fortaleza y su esperanza. Sólo en este despojo voluntario y amoroso de los bienes hu-

manos puede repetir verazmente con Francisco: "Dios mío y todas mis cosas". Al mismo tiempo queda "disponible", con sus dos manos libres en la horizontal de la cruz para ayudar a sus hermanos.

Donde aparece de un modo más claro la libertad de espíritu es en la práctica gozosa de la castidad. Ya hemos dicho que el mejor clima para una castidad esforzada y luminosa es el amor fraterno de las fraternidades. Al sentirse arropado por un ambiente acogedor y caritativo, el hombre no se desplaza hacia afuera, para buscar compensaciones humanas. Entonces el hombre busca al prójimo, no para pedirle nada, sino para entregárselo todo: su tiempo, su enseñanza, su orientación. Y, lo más importante, su propia vida. Porque, al renunciar voluntariamente a formar un hogar propio, queda liberado de las preocupaciones obligadas de una familia, para entregarse en cuerpo y alma a la familia de Dios. No ha sido un empobrecimiento o una frustración, sino un cambio sentimental de "centro": su nueva familia —el Pueblo de Dios— va a llevarle al "gasto y desgaste" de sí mismo por el prójimo. Es evidente que la castidad hace al hombre más disponible al servicio de sus hermanos.

La obediencia —entendida igualmente como servicio— realiza de un modo concreto los propósitos de disponibilidad. "Estar dispuesto" a lo que sea, de un modo consciente, viril y responsable es una actitud que brota espontáneamente del compromiso religioso. El resultado de esta entrega amorosa y responsable en las manos de Dios es la paz interior y una libertad de espíritu que no se valora en lo justo, hasta que no se experimenta de un modo personal, en la propia carne.

Interesa dar relieve a esta idea: "La consecratio mundi" no es posible sino a través de la "consecratio cordis". Y ésta se realiza con fidelidad y pureza, el Santo Evangelio que es la norma perfecta de vida para la fraternidad.

La liberación de ataduras que se expresa en la "consecratio cordis" se presta a aplicaciones varias. Tomémosla, de momento, en función del prójimo. La convivencia diaria puede ser un ensayo para tomar la temperatura a nuestra capacidad de servicio.

J. CALASANZ GOMEZ

Vigo